

El corto y fecundo exilio de Joaquín Xirau

Adolfo Sánchez Vázquez

Nos reunimos hoy para conmemorar el centenario del nacimiento de Joaquín Xirau, una de las figuras más eminentes del exilio filosófico español en México. Pero también en esta fecha, podemos traer a nuestra memoria que también se cumplen casi 50 años de su muerte, una muerte estúpida e inesperada, y por ello, más dolorosa.

Hemos dicho “una de las figuras más eminentes del exilio filosófico español”, y ciertamente lo es, tomando en cuenta que de ese grupo exiliado forman parte también filósofos tan destacados como los procedentes de la Universidad de Madrid: José Gaos, María Zambrano y José Gallegos Rocafull, así como de su propia Universidad, la de Barcelona: Jaime Serra Hunter, Juan David García Bacca y Eduardo Nicol. A estos nombres, de una y otra procedencia, habría que agregar el de Eugenio Imaz, con una obra filosófica importante, aunque no ejerció —ni aquí ni allá— la docencia universitaria.

Si se exceptúa a Serra Hunter que muere en el exilio tres años antes, Joaquín Xirau, fue por su temprana muerte, el filósofo español que ocupa una franja más breve —apenas de siete años— de 1939 a 1946, en el largo, larguísimo, periplo del exilio, que abarcara 36 años —si se toma como fecha emblemática la de 1975, en que muere su principal causante: el dictador Franco. Breve espacio de tiempo, pues, en la vida de un filósofo. Xirau llega a México, a los 44 años, dejando atrás una rica e intensa actividad docente en diferentes universidades españolas, en particular, la de Barcelona, y no sólo en la cátedra, sino también como activo reformador de la enseñanza superior. A esto hay que agregar su participación en los Congresos Mundiales de Filosofía, especialmente en el de Descartes, en 1937, que elevan el reconocimiento de su participación filosófica más allá de las fronteras de su país. Pero, hay que agregar asimismo, que Xirau llega a México con una personalidad filosófica ya definida con su labor en la cátedra y en foros internacionales, así como con una obra ya publicada, de la que forman parte sus dos tesis:

de filosofía, sobre Leibnitz, y de Derecho, sobre Rousseau.

Y a estas investigaciones primerizas, hay que sumar a su producción filosófica, anterior al exilio: sus libros, *Descartes y el idealismo subjetivista moderno*, *El sentido de la verdad*, *La teoría de los valores en relación con la ética y el derecho*, y una introducción a escritos de Fichte. Llega, pues, Xirau a México con una personalidad filosófica que ya pisa firme, con su valiosa obra y con un merecido prestigio en los medios filosóficos y universitarios cuyos ecos llegan a México. Ahora bien, es en este país, y no obstante su breve paso por él, donde Xirau encuentra el cauce adecuado para afirmar y enriquecer su personalidad filosófica tanto en la cátedra como en las obras que aquí publica: *Amor y mundo*, 1940 y *La filosofía de Husserl*, 1941 (aunque ciertamente ambos libros debieron tener su gestación ya antes de su llegada); pero en el exilio escribe y publica cuatro libros más que acreditan su madurez filosófica, como son: *Lo fugaz y lo eterno*, 1942; *El pensamiento de Juan Luis Vives*, 1944; *Manuel B. Cossío y la educación en España*, 1945 y, póstumamente, en 1947, *Vida y obra de Ramón Llull*. En sus trabajos de investigación en el exilio, habría que incluir también, dos importantes ensayos: “Poderío, magia e intelecto” y en inglés “*Time and its dimention*”; el primero aparece en 1945 y el segundo, el año mismo de su muerte: 1946.

No puedo detenerme en esta breve intervención, en una obra que, a mi juicio, por constituir un capítulo importante de la filosofía contemporánea tanto de España como de México, merece más atención de la que hasta ahora se le ha prestado en estos dos países, a los que está estrechamente vinculada. De ella sólo diré, antes de ofrecer algunos testimonios y reflexiones en torno a las circunstancias que la hicieron posible aquí, en el exilio mexicano, sólo diré — repito— que se orienta en tres grandes direcciones de extensión y peso desigual en el conjunto de ella. Una es la propiamente filosófica, que tiene como núcleo central su gran trabajo *Amor y mundo*; en él muestra el significado y la esencia del amor con su papel central en la cultura y la vida humana, y establece así una ontología —o más bien antropología— del amor, de raíces platónicas cristianas, en torno a la cual giran también su concepción de la realidad y de los valores. Otra línea de su pensamiento es la que responde a su preocupación pedagógica, a su idea de la educación, entendida en su sentido más amplio como formación del ser humano, o dicho con las propias palabras de Xirau: como “una actividad mediante la cual convertimos una realidad imperfecta y fallida en otra realidad superior y armónica”, actividad que tiene, a su vez, como claves, la libertad y el amor. En sus ideas y práctica pedagógicas se deja sentir una relación, presente también en otros filósofos exiliados, pero aun más viva y directa en Xirau, con la Institución Libre de Enseñanza, cuyos principios educativos y morales se airearon con el viento fresco que llegó a España con la segunda República.

Y una tercera vertiente del pensamiento de Joaquín Xirau lo constituyen los

textos que significan —de acuerdo con la acertada caracterización de su hijo Ramón un “descubrimiento de España”— o sea el rescate del humanismo español que se encarna, en Luis Vives y que en México se prolonga con Bartolomé de las Casas y Vasco de Quiroga. A Vives lo ve “en posesión de un claro ideal de la vida humana y de una ciencia apta para proporcionarnos la manera de acercarnos a él [...]”

Y en las reformas educativas, políticas y sociales que Vives propone, encuentra implícitos “los ideales y las instituciones pedagógicas, políticas y sociales de los tiempos modernos”, de unos tiempos —podemos agregar— que España sólo pudo vivir fugazmente en el siglo xx. Y justamente por no haberlos podido vivir en España, al ser truncada su fugacísima presencia con la República, Xirau como tantos otros sueñan con ellos desde el exilio.

Ciertamente, Xirau llega a México acogido por la generosa hospitalidad que brinda el General Cárdenas, en nombre del pueblo mexicano. Viene, pues, no por motivos académicos, sino políticos; es decir, por haberse identificado plenamente con la causa de la República y por haber defendido la libertad, la democracia y la soberanía asociadas a ella. Cuando decimos político, lo decimos en su sentido más profundo, dando a la política también una dimensión moral. Para Xirau, defender una causa tan noble frente a la agresión interior y exterior a la República es ante todo una cuestión de dignidad y por ello, Xirau está dispuesto a sacrificarlo todo. Como lo era para el otro gran exiliado el poeta Antonio Machado con el que Joaquín Xirau pasó a pie la frontera, en las durísimas condiciones de un día de enero de crudísimo invierno para no volver jamás a pisar tierra española.

Xirau llega a México, ya terminada la guerra, y desde el primer momento, procura hacer —desde la Casa de España en México y en nuestra Universidad Nacional— lo único que quiere, sabe y puede hacer: enseñar, y cuando puede —hurtando algunas horas a un agotador quehacer docente—, escribir las importantes obras que ya hemos mencionado.

Como profesor tenía una serie de virtudes que puedo atestiguar por haber seguido con él un curso de filosofía contemporánea dedicado a Heidegger. Exponer la filosofía heideggeriana en un semestre, hacer llegar a su núcleo vital a través de la selva negra de su lenguaje, es una prueba difícil para el mejor expositor, y Xirau la pasa ejemplarmente. Y es que —como nos lo hacía ver en este curso—, era un expositor claro, capaz de volver accesible lo inaccesible, sin sacrificar el rigor conceptual. No obstante mi lejanía del pensamiento de Heidegger, que entonces era sobre todo el de *Ser y tiempo*, me fascinó la versión que Xirau nos ofrecía del rocoso y oscuro pensamiento heideggeriano, su lenguaje lúcido mediterráneo. Y esta fascinación dejó su huella en los elaborados apuntes que tomé de su clase y que, hace ya tiempo, obsequié a su hijo Ramón.

Pero, a la fecunda labor docente de Xirau, que descansaba en su sólida formación filosófica y en su capacidad pedagógica para hacer que otros pudieran saborear sus frutos, Xirau añadía la atracción de su personalidad: la de un hombre que se caracterizaba por su trato afable, su entusiasmo y su elevado y optimista tono vital, todo lo cual contribuía a tender puentes de confianza y comprensión entre él, como profesor, y los alumnos, tendencia por otra parte no frecuente entre sus colegas españoles de la época, más bien dados a pontificar desde la cátedra.

Ahora bien, Xirau —que como vemos era un académico ejemplar— no lo era en el sentido de que hiciera de su cátedra una torre de marfil, ajeno a los problemas del mundo. Y éstos eran para él, en aquellos años, los de su martirizada España, cuando todavía estaba tan fresco el drama de la Guerra civil, a la que seguían los sufrimientos inauditos del pueblo español a manos de un vencedor implacable.

La actividad política del exilio en aquellos primeros años era muy intensa, y Xirau —un intelectual comprometido que llegó a ser en España miembro de la Unión Socialista de Cataluña— no podía sustraerse a ella, sobre todo a la que se desplegaba en los medios intelectuales del exilio, en revistas como *España Peregrina* y en organizaciones como la Junta de Cultura Española.

Me tocó a mí, antes de ser alumno suyo y como activo participante político en esos medios, establecer contacto personal, en más de una ocasión, con Xirau, y darme cuenta de la generosidad y amplitud de miras en este terreno, estimulando a su vez —dado su temple entusiasta— la esperanza tan compartida entonces, de que el retorno no estaba lejos.

Ya dije antes que no me ocuparía especialmente de su obra en México. Pero sí quiero agregar una consideración última sobre ella, antes de poner punto final a mi intervención en esta Mesa. De las dos vertientes de su obra, a que me referí anteriormente: la propiamente filosófica, que se centra en su antropología del amor y su teoría de los valores, así como la vertiente de sus ideas educativas, cabe afirmar que aquí realizó, al encontrar las condiciones adecuadas de libertad de pensamiento, la obra importante que en España pudiera haber realizado si las condiciones de allá no la hubiesen hecho imposible. Pero por lo que toca a la tercera vertiente de su obra, o sea: sus ideas sobre España e Hispanoamérica, el exilio no sólo le permitió desarrollarlas, sino que les dio un sesgo propio, pues aquí se afirma en su convicción de que, en definitiva, la misma España que ha oprimido a la otra España, la de los humanistas como Vives, es la misma que le ha arrojado al exilio, y la misma también que en el pasado —desoyendo las voces humanistas españolas de Las Casas y Vasco de Quiroga, en México— ha arrojado a sus pueblos indígenas, con la conquista, a su destrucción. Y en México encuentra Xirau el hilo que une a la España de los humanistas de ayer con la España peregrina de su tiempo.

Ciertamente, como sucede con la mayoría de los exiliados en esos primeros años, Xirau solo tiene ojos para la tierra que se ha visto forzado a abandonar. Es más bien, de acuerdo con la diferenciación que he tratado de matizar, un “des-terrado” más que un “transterrado” (en la acepción de Gaos), anclado más en su “patria de origen” que en su “patria de destino”. Y es que Xirau sólo pudo vivir los primeros y más terribles años del desgarrón terrible que representa el exilio.

Estoy seguro de que de no haber sido por su trágica y prematura muerte, los ojos que aquí buscaban la huella del humanismo tantas veces truncado en España, se habría vuelto también al México profundo, que tenía también otras raíces, de los que viene el México contemporáneo, siempre dispuesto a dar la mano —como lo demostró sobre todo el gesto solidario del General Cárdenas— a la España de los humanistas que Xirau tanto amaba.